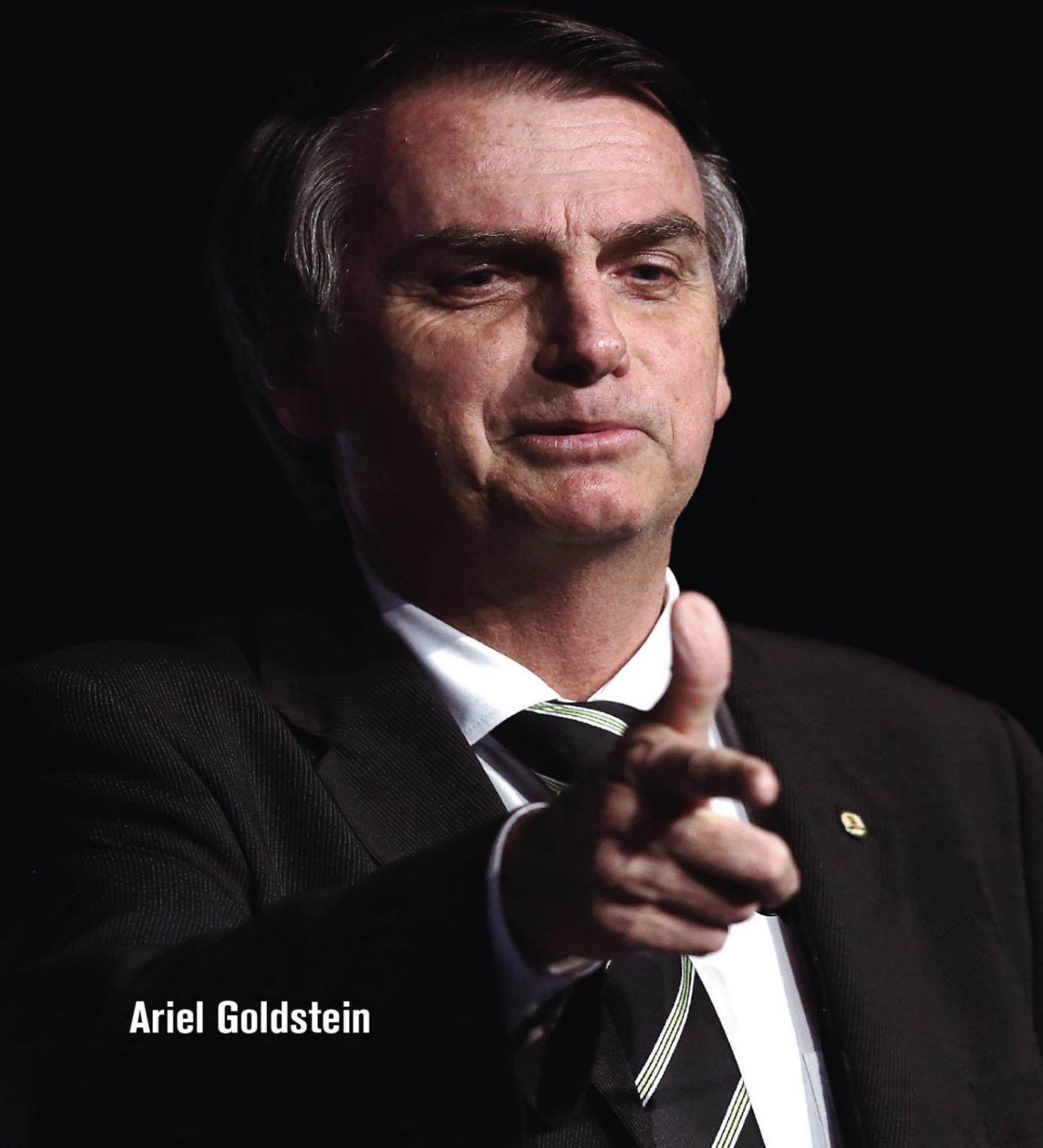




BOLSONARO

La democracia de Brasil en peligro



Ariel Goldstein



Contents

1. [Portada](#)
2. [PRÓLOGO](#)
3. [INTRODUCCIÓN](#)
 1. [¿De dónde llegó Jair Bolsonaro?](#)
4. [CAPÍTULO 1](#)
 1. [Los años de Lula y los gobiernos del PT: del “Brasil potencia” al primer mandato de Dilma Rousseff](#)
 1. [Lula, el amigo del mercado: el apoyo menos pensado y las críticas internas](#)
 2. [“Brasil potencia” y “Lula estadista”: el segundo mandato](#)
5. [CAPÍTULO 2](#)
 1. [Las manifestaciones de junio de 2013: la derecha ocupa la calle](#)
6. [CAPÍTULO 3](#)
 1. [El impeachment a Dilma Rousseff: una sociedad dividida](#)
 1. [La pelea mortal con Eduardo Cunha y la destitución](#)
 2. [La operación Lava Jato y el juez Sergio Moro](#)
7. [CAPÍTULO 4](#)
 1. [El gobierno de Michel Temer: siempre en la cuerda floja](#)
 1. [La intervención militar de Río y el asesinato de Marielle Franco](#)
 2. [La prisión de Lula y la narrativa del golpe](#)

8. CAPÍTULO 5
 1. El entorno de Jair Bolsonaro: la construcción de alianzas
 1. “La propiedad privada no será invadida”:
el apoyo de los ruralistas
9. CAPÍTULO 6
 1. La campaña de Bolsonaro en las elecciones de 2018
 1. Un voto conservador, de castigo a la clase política
 2. “Lula quiere comandar el país desde la cárcel”
10. CAPÍTULO 7
 1. “Guerra híbrida”: la confrontación de Bolsonaro con los medios tradicionales y el uso de las redes
 1. Cómo las redes transformaron la política
 2. El “pánico moral”
 3. Los medios tradicionales: contra los “dos extremos”... ¿y después?
 4. La campaña del WhatsApp
11. CAPÍTULO 8
 1. Pensar el fenómeno Bolsonaro en el contexto internacional
 1. La oleada de extrema derecha que recorre el mundo
 2. Steve Bannon y la “revuelta nacional-populista”
12. CAPÍTULO 9
 1. La relación del Gobierno de Bolsonaro con Argentina y el mundo
 1. Del giro a la izquierda al giro a la derecha

2. [Una política exterior trumpista](#)
 3. [El “terror Venezuela”](#)
 4. [Por qué resulta difícil pensar en una réplica en Argentina](#)
13. [CAPÍTULO 10](#)
 1. [Jair Bolsonaro presidente](#)
 1. [Soltar los lobos a la sociedad](#)
 2. [Revolución neoliberal y neoautoritaria](#)
14. [EPÍLOGO](#)
 1. [¿Un brasileño como cualquier otro?](#)
 1. [Sospechas de corrupción y moderación](#)
15. [AGRADECIMIENTOS](#)

Landmarks

1. [Cover](#)



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Ariel Goldstein

BOLSONARO

La democracia de Brasil en peligro

Prólogo de Lincoln Secco



Portada

Goldstein, Ariel Alejandro

Bolsonaro. La democracia de Brasil en peligro; prólogo de Lincoln Secco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019.

Libro digital, EPUB - (Historia urgente / Constanza Brunet ; 70)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8303-01-7

1. Derecha Política. 2. Brasil. 3. Investigación Periodística. I. Secco, Lincoln, prolog. II. Título. CDD 320.0981

Edición: Constanza Brunet

Asistente a la edición: Diego Madrazo

Corrección: Marisa Corgatelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Fotografía de tapa: Marcelo Chello / Shutterstock.com

© 2019 Ariel Goldstein

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (54 11) 4371–1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-01-7

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

PROLOGO

La victoria de un candidato de extrema derecha en las elecciones brasileñas de 2018 está lejos de ser un mero accidente histórico. Y eso es lo que el nuevo libro de Ariel Goldstein demuestra con una miríada de fuentes periodísticas, impresiones de viaje, entrevistas, conversaciones con personas comunes y documentos históricos. Es raro que un libro escrito en el calor de la hora consiga dar un sentido a acontecimientos que parecen azarosos.

El autor logró unir la narrativa histórica y la imaginación sociológica; investigó en el lugar, estableció comparaciones y buscó explicar las razones de la reciente onda internacional de derecha después de un ciclo de coaliciones de gobiernos de centroizquierda en América Latina. La investigación abarcó la vida cotidiana sin descuidar el análisis de las macroestructuras políticas. Ariel Goldstein escribió una obra que ya es una primera y necesaria contribución a una bibliografía que todavía ni siquiera ha sido establecida.

Como él dice, no es la primera vez en la historia brasileña que alguien con un discurso extraño y sin sustentación partidaria llega al poder. Ya hubo casos como los de los presidentes Janio Quadros o Fernando Collor de Mello. Pero el primero venció después de una fulminante carrera como concejal, intendente y gobernador de San Pablo e incluso fue apoyado por la Unión Democrática Nacional (UDN), uno de los pilares del mundo político de la época. Collor había sido un gobernador del pequeño estado nordestino de Alagoas y era el hijo de una larga tradición familiar en la vida política. El padre había sido senador y el abuelo fue ministro de Trabajo del gobierno provisorio de Getúlio Vargas después de la revolución de 1930.

El nuevo presidente Jair Bolsonaro no es exactamente un novato desde afuera del sistema político. Nacido en una pequeña ciudad del interior de San Pablo, sin ninguna experiencia cultural significativa, fue político profesional desde 1988 y tuvo un mandato como concejal en Río de Janeiro y siete como diputado federal. Fue antes oficial del Ejército. Al mismo tiempo, nunca tuvo influencia en su carrera política. Nunca salió del “bajo clero” del Congreso en Brasilia e incluso como militar tuvo una carrera corta y marcada por la insubordinación y la prisión. Formado en 1977, llegó a teniente y se volvió capitán en la reserva en poco más de diez años de actuación (o dieciséis, contando los años de aspirante). De este modo, siempre se encontró lejos de pertenecer a las elites del poder civil o militar. Estaba tallado para representar el papel del hombre medio exitoso.

La elección de un presidente así, mediocre en sus relaciones, desequilibrado en sus reacciones y conocido por las declaraciones equivocadas en defensa de la tortura, la pena de muerte y, más recientemente, de la homofobia, la misoginia y el racismo es algo inédito en la historia brasileña.

Ciertamente, no es la primera vez que aparece un movimiento de extrema derecha en Brasil. Aunque fuera pequeño y restringido a una minoría en la comunidad alemana del Sur, Brasil tuvo el mayor partido nazi fuera de Alemania. Entre 1932 y 1938 la Acción Integralista de Plínio Salgado movilizó a centenas de miles de personas en torno de una modalidad de fascismo. Pero también es un hecho que cuando sostuvo un partido entre 1945 y 1964, nunca tuvo peso electoral.

Movilizaciones de masas de derecha también sucedieron durante los años 1930 y en las vísperas del golpe cívico-militar de 1964. Por eso, las protestas de junio de 2013, después de haber sido capturadas por una agenda de derecha, y las movilizaciones por el *impeachment* en

2016, ya tenían sus antecedentes históricos.

Pero nada de eso le quita al ascenso de Bolsonaro un carácter inédito. En ningún otro momento de la historia la izquierda enfrentó a un candidato que amenazaba con exterminarla y disponía de un activismo en gran medida voluntario. Desde las huelgas obreras de 1970 y del surgimiento del PT, jamás un movimiento de masas autosustentado había surgido desde la derecha.

El fenómeno difícilmente pueda repetirse en la Argentina, apuesta el autor, ya que el proceso militar dejó un legado de baja tolerancia social a la violación de los derechos humanos. En Brasil las Fuerzas Armadas reconquistaron el apoyo popular. Es necesario recordar que el Ejército brasileño se volvió la única institución que no fue desacreditada por la operación *Lava Jato*. El juez Moro y sus seguidores lideraron la investigación y la condena a líderes de diversas instituciones. La prisión de grandes empresarios vinculados al financiamiento de campañas, de líderes prominentes de los principales partidos y la destitución de Dilma Rousseff provocaron el desmoronamiento de todo el sistema político.

El propio poder judicial quedó bajo sospecha por el uso de las delaciones premiadas, por las disputas entre jueces contra los tribunales superiores, por la selectividad en las condenas, por las violaciones a los procesos y, finalmente, por el comportamiento parcial del juez Moro, aquí expuesto por el autor.

Las comparaciones internacionales que Goldstein busca para explicar el fenómeno de Bolsonaro no agotan la particularidad histórica de un movimiento de masas enraizado en la subcultura autoritaria brasileña. En América Latina no hay nada igual. Se puede citar el caso de Guatemala o, fuera de allí, Polonia, Hungría, Italia o Filipinas. Son todos países bajo gobiernos autoritarios que dominan sociedades polarizadas y divididas sin romper con los rituales de la

democracia, aunque los reduzcan a formas vacías de contenido. Turquía parece también ser un caso del mismo tipo. Pero no está claro que aquello se reproduzca en Brasil. En los Estados Unidos el ascenso de Trump fue un modelo para el movimiento de Bolsonaro, con el uso de las redes sociales, las *fake news* y el discurso anticorrupción. Pero las semejanzas acaban allí. Como dice Ariel Goldstein, Brasil no tiene los contrapesos moderadores de los Estados Unidos.

Los conservadores tradicionales, las autoridades políticas y judiciales y la prensa monopólica brasileña intentan todo el tiempo normalizar la situación, pero reciben como respuesta amenazas sucesivas y se sorprenden por cada medida anunciada por el nuevo Gobierno. La definición de Bolsonaro en el cargo más importante del Ministerio de Relaciones Exteriores produjo un *shock* en los círculos conservadores del propio Itamaraty porque se trata de un seguidor de Olavo de Carvalho, un *youtuber* envejecido con ideas bizarras sobre la política exterior, como que la ONU apoya el terrorismo, que hay una conspiración global gay y comunista, y que el FMI es de izquierda.

El movimiento que llevó a Bolsonaro al poder tiene diversas capas históricas que se transparentan en sus bases sociales y geográficas. La tradición autoritaria y la memoria de la dictadura militar son muy bien explicadas por el autor de este libro y tuvieron repercusiones graves en los sectores medios; y la apelación al público evangélico de las ciudades medias y grandes alejó a una parte del electorado popular del PT, incluso en las ciudades medias y grandes del Nordeste.

Sin embargo, Bolsonaro no representa solo una invocación del pasado militar, sino de un ala específica de aquel período: la llamada “línea dura” de los oficiales de graduación media, responsables por las torturas y desapariciones. Al abandonar el estatismo y abrazar un neoliberalismo radical, él no puede reivindicar la fase más desarrollista de la dictadura: la del gobierno del general Ernesto Geisel, que sufrió

la oposición de sectores empresariales.

La analogía de Ariel Goldstein es bastante alusiva: Bolsonaro representa el mayor desafío de la historia brasileña al nacional-estatismo. Al contrario de otros cambios de régimen del pasado, su victoria puede representar un movimiento regresivo como el de la Revolución Libertadora de 1955 en Argentina y, en forma simultánea, el intento revanchista de Pedro Eugenio Aramburu de “desperonizar” la sociedad argentina.

El movimiento bolsonarista tiene el objetivo de exterminar a la izquierda y destruir el “lulismo” y el petismo. Paradójicamente, no puede existir sin movilizar a sus seguidores en forma permanente contra el PT. El partido consiguió sobrevivir a la memoria de Lula y está sólidamente enraizado en el interior del Nordeste y en las poblaciones más pobres y no sería imposible que se mantuviera en una subfrecuencia política invisible, pero capaz de germinar en nuevas formas de militancia de izquierda, como sucedió con el peronismo en la Argentina.

Por otro lado, Bolsonaro ingresó en un partido “fisiológico” que logró elegir el segundo bloque de la Cámara de Diputados e intenta tornarse un partido de masas. Pero esto hasta ahora no sucedió. A pesar de la experiencia *integralista* aquí citada, la clase media brasileña, base militante de la extrema derecha, no tiene una tradición organizativa autónoma y permanente como los trabajadores sindicalizados y el empresariado.

La ideología del movimiento es un conjunto irrelevante de ideas bizarras apoyado en *youtubers* sin reconocimiento académico, artístico o cultural y, por esto mismo, basado en un antiintelectualismo del hombre medio, informado por teorías de la conspiración, dogmas religiosos y preceptos morales. Las escenas en que el presidente electo hizo sus primeras declaraciones son un

ejemplo de eso: promovió un discurso dudoso sobre la Constitución y un culto evangélico improvisado. Sobre la mesa, entre unos pocos libros, mostró una obra de Olavo de Carvalho.

Que el lector no se asuste: Olavo de Carvalho ya era visto por sus seguidores como el mayor filósofo de la actualidad, aunque defiende que la Ley de la Inercia es falsa y opine que Darwin es el padre del nazismo. Ahora alcanza la condición de “teórico” oficial del presidente de la República de Brasil.

Explicar cómo un movimiento de masas fue capturado por un militar mediocre de ideas bizarras no es fácil. Pero este libro de Ariel Goldstein lo consiguió. De manera convincente y con una escritura elegante que cautiva al lector desde el comienzo hasta el final del libro.

—LINCOLN SECCO¹

¹ Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de San Pablo, Brasil.

INTRODUCCION

¿De dónde llegó Jair Bolsonaro?

Agosto, 2018. El taxista que me llevó del aeropuerto al centro de Río de Janeiro me recibió en la Ciudad Maravillosa ni bien comenzamos a hablar de política con un “todo el mundo es ladrón: Temer, Lula y Dilma”. En San Pablo, en el supermercado Día del barrio Higienópolis, le pregunté a un repositor qué pensaba y me dijo: “No voy a votar por nadie, todo el mundo es corrupto, nadie se preocupa por Brasil. Por eso voy a votar en blanco”.

En el aeropuerto de Confins, Belo Horizonte, el taxista me confesaba primero su interés por Geraldo Alckmin, el candidato moderado de centroderecha del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB). “Yo siempre trabajé, pagué los impuestos, nunca pedí una vivienda del Gobierno. Hay gente que pide casa del Gobierno”. Finalmente, confesó que estaba a favor de una intervención militar en Brasil. “En el régimen militar no había tanto robo”. Habla de su decepción con “lo que roban” los políticos. Al igual que el taxista de Río. Aparecía así una ética del esfuerzo personal como opuesta a los políticos y al Estado, asociados a la corrupción.

Ese sentimiento de rechazo a la clase política fue una de las herencias que dejó la operación *Lava Jato* liderada por el juez Sergio Moro, que reveló la oscuridad de las asociaciones público-privadas tejidas en Brasilia. Esta investigación judicial, que comenzó a ganar peso en 2014, enfocada en la principal empresa petrolera estatal, Petrobras, llevó a prisión a empresarios, políticos y jefes del poder,

la crema y nata de la elite del país.

Una señora que atendía un restaurante en Belo Horizonte aclaraba que no le gustaban los políticos y se sentía decepcionada. “No voy a votar”. Estaba al tanto de que Lula lideraba las encuestas. “¿Alguna vez vio un candidato preso? Hizo muchas cosas por los pobres”. Sus parientes son “todos políticos” en una ciudad del interior de Minas Gerais de 20 000 personas. Eran de la Unión Democrática Nacional (UDN), el partido liberal-conservador, cuando ella era chica, y luego del PMDB. Cree en Dios y ve canales evangélicos. No le gustaba Bolsonaro para nada. “¿Cómo es que Sergio Cabral (ex gobernador de Río de Janeiro) puede estar preso 120 años? Eso no es salud, no es vida, para eso prefiero morir”. “Quieren vender la Petrobras, ¿qué es eso?”. Sobre el entonces presidente Temer, indicaba: “¿Tiene cara de vampiro, ¿no?”.

Un conductor de Uber en San Pablo me comentó que iba a votar por Bolsonaro. Indicaba que en aquel estado había muchos migrantes nigerianos. Consideraba necesario tener armas para combatir a los “vagabundos”: “Río ya perdió el control de la seguridad, es necesario disciplina en la sociedad, él es militar, prefiero a un militar que roba que al resto”.

Otro conductor de Uber me decía que, si Lula era candidato, iría a votar por el ex presidente, pero, si no podía competir, iba a votar por Bolsonaro. Votaría por este porque “le da fuerte” al tema de la seguridad, que considera un tema principal. Otro elector de Bolsonaro en la periferia del Estado lo ponía en estos términos: “Mientras los intelectuales se preocupan con el baño unisex, él está hablando de los 60 000 asesinatos que suceden cada año en Brasil”.¹

Si Bolsonaro es “fascista” pareciera ser la pregunta que se hacían los intelectuales, pero no las mayorías, que lo veían como una posible solución al caos de los últimos años y el problema de la seguridad. La

elección por Bolsonaro o Lula no era un tema ideológico para varias personas, sino el tema de quién podría restaurar el orden en el medio del caos. Representaban ambos, así, dos alternativas para restaurar un orden perdido. ¿Bolsonaro es un Lula de extrema derecha, o Lula fue un Bolsonaro de izquierda?

Una cuestión que se destaca en las entrevistas que realizó el periódico *Folha de São Paulo* con electores de Bolsonaro es su profunda decepción con la política tradicional. O sea, en Brasil, el escenario de decepción con el PT y sus promesas, más la corrupción revelada por la operación *Lava Jato*, fueron las condiciones necesarias para que se produjera el crecimiento y la percepción de Bolsonaro como una “luz al final del túnel” (según la expresión de uno de los votantes entrevistados).²

Los electores de Bolsonaro desconfían de la prensa tradicional y los medios de comunicación del país, a los que tildan como “izquierda” o “extrema izquierda”.

El contexto mundial en el que se sitúa el fenómeno está caracterizado por el ascenso de Trump en Estados Unidos y las extremas derechas en Europa. Bolsonaro mantiene un estilo “políticamente incorrecto” en la comunicación y el marketing similar a la campaña de Trump. Ambos han recibido asesoramiento del ideólogo estadounidense de las extremas derechas, Steve Bannon.

¿Por qué un diputado poco relevante desde hace 28 años, del llamado “bajo clero” del Congreso, repentinamente se convierte en líder de un fenómeno social en ascenso?

A pesar de que hace 28 años es diputado por Río de Janeiro, habiendo cumplido siete mandatos, el ex militar se presentó como un político *anti-establishment*. Se benefició del fuerte rechazo que existe frente a una clase política tradicional que preserva sus intereses, compuesta mayormente por hombres en Brasilia, distanciados del

pueblo y sus reclamos. El “presidencialismo de coalición” como sistema de relaciones entre el Congreso y la Presidencia, que obliga a una negociación permanente para la formación de mayorías,³ favorece una baja renovación en las cámaras. Lo que predomina es el dinero como insumo de costosas campañas para elegir candidatos, y esa lógica personalista dificulta renovaciones necesarias.⁴

Durante sus años de actuación en la Cámara de Diputados, Bolsonaro defendió una agenda estatista, típica del medio militar del cual proviene. Así, votó contra la reforma de la jubilación y las privatizaciones, y se pronunció contra el fin del monopolio estatal del petróleo y de las telecomunicaciones en los años 90.⁵

En varias ocasiones durante su trayectoria como diputado, Bolsonaro había hecho declaraciones que cuestionaban las instituciones democráticas. En 1999, el presidente de la Cámara de Diputados, un tal Michel Temer, había dicho sobre él: “No se puede permitir que un diputado todo el tiempo esté defendiendo el cierre del Congreso”.⁶

En 2018, creó en sus electores la idea de que hacía campaña sin financiamiento, apenas con un celular, de un modo similar a como lo había hecho en la contienda electoral de 1960 el candidato a presidente Janio Quadros, cuyo lema de campaña era “el centavo contra el millón”. El atentado que sufrió, las declaraciones de Madonna y las protestas del #EleNão⁷ contra el ex capitán reafirmaron en sus electores esta impresión *anti-establishment* sobre un pequeño hombre acuchillado, luchando contra los peces gordos del poder de Brasilia. Por eso, uno de los lemas de su campaña era: “Más Brasil, menos Brasilia”.

La historia del ascenso de Bolsonaro presenta similitudes con Janio Quadros y Fernando Collor de Mello. Ambos carecían de partidos relevantes, y llegaron al Palacio del Planalto con campañas atractivas,

subidos a una ola de la opinión pública. Los dos construyeron sus candidaturas como paladines de la honestidad. Janio Quadros realizó su campaña con una escoba para “barrer la corrupción”. De desconocido profesor de secundario llegó así a la intendencia de San Pablo (1953), y luego a la presidencia (1960). Su elección en 1953 fue percibida por sus contemporáneos como un terremoto que barrió la política nacional.⁸ Por su parte, Collor se presentaba como el cazador de “marajás”, contra los funcionarios corruptos. En 1989, el entonces gobernador de Alagoas basó su campaña en el anticomunismo, el himno nacional y la bandera verde y amarilla contra la bandera roja como estrategia para derrotar al candidato del Partido de los Trabajadores (PT), Lula da Silva.²

Otro antecedente es el del periodista y líder de la Unión Democrática Nacional (UDN), Carlos Lacerda. Este político logró convertirse entre 1950 y 1964 en un personaje de relevancia fundamental en el país, especialmente en Río de Janeiro, utilizando su gran capacidad oratoria para fustigar a los presidentes desde la televisión y desde su periódico *Tribuna da Imprensa* con dos temas: las acusaciones de corrupción y la lucha contra el comunismo.

Estos tres antecedentes nos muestran que el tema de la corrupción había proporcionado un importante rédito electoral y se configuró históricamente como un factor de unificación en las campañas de los políticos de derecha.

Sin embargo, a diferencia del ex capitán retirado, ninguno de estos políticos que lo antecedieron tenía un profundo vínculo ni con los militares ni con sectores fundamentalistas religiosos. Esa es una primera novedad de Bolsonaro.¹⁰ El politólogo de la Universidad de San Pablo, Fernando Limongi, hace referencia como antecedente a la figura del ex gobernador e intendente de San Pablo, Paulo Maluf,¹¹ pero este no tuvo expresión nacional como ha adquirido Bolsonaro.

El segundo aspecto a considerar es que tanto Quadros como Collor, a diferencia del ex capitán, habían ocupado antes de la llegada a la presidencia cargos políticos relevantes: la intendencia de San Pablo en el caso del primero, y la gobernación de Alagoas en el caso del segundo.

En 2014, como diputado, Bolsonaro atacó a la diputada Maria do Rosário Nunes del PT, que lo había acusado de defender a violadores: “No te violo porque no lo mereces”, le respondió. Ese mismo año, mientras indicaba que “el PT ataca a las Fuerzas Armadas las 24 horas del día”, resultó el diputado más votado de Río de Janeiro, con 464 000 votos.¹² Tenía peso allí históricamente, especialmente en la “familia militar” y la “baja clase media suburbana carioca”.¹³ Aquel año, Bolsonaro empezó a decir que sería candidato a la presidencia porque “fue lo que Dios quiso”.¹⁴

Se destacó entre los representantes de la derecha especialmente en la votación por el *impeachment* a Dilma Rousseff, cuando en abril de 2016, en la sesión de la Cámara de Diputados, de un modo absolutamente controversial, votó “por la memoria” de Carlos Alberto Brilhante Ustra, jefe del centro de operaciones de represión ilegal de la dictadura y quien había torturado a Rousseff en ese período. A su lado, su hijo, el diputado federal Eduardo Bolsonaro, susurraba con los labios el nombre del torturador que estaba pronunciando el padre. Él también votaría por los “militares del 64”, año del golpe de Estado que terminó con el Gobierno democrático del presidente laborista João Goulart.

La periodista de la revista *Piauí*, Consuelo Dieguez, siguió a Bolsonaro durante 2016. Lo que más le impresionó fue la pasión que despertaba en el Congreso, todos los visitantes se querían sacar fotos con él, haciendo la señal del arma que se transformó en su marca de distinción. Su base histórica de apoyo en el Congreso eran los policías

y los militares. En 2013, el ex capitán encontró espacio cuando el pastor evangélico Marcos Feliciano fue cuestionado para asumir la Comisión de Derechos Humanos por sus comentarios discriminatorios hacia homosexuales y negros. Ahí el ex capitán ocupó ese espacio conservador “moral” con el discurso de denuncia de lo que llama el “kit gay”, una política de combate a la homofobia promovida por Fernando Haddad desde el Ministerio de Educación, que finalmente nunca fue aplicada. Así, ganó visibilidad entre los evangélicos y los conservadores.¹⁵

Entre fines de 2017 y principios de 2018, Bolsonaro realizó una extensa campaña por el país, y era recibido en los aeropuertos por multitudes vestidas de verde y amarillo que coreaban “mito” y “capitán”, esto último en referencia a su pasado como capitán del Ejército. El ex asesor de Donald Trump para la campaña de 2016, un atento observador interesado en las extremas derechas en el mundo, Steve Bannon, quedó impresionado por la recepción que el candidato tenía en los aeropuertos. Para acercarse, en agosto de 2018 mantuvo una reunión en Nueva York con Eduardo Bolsonaro, hijo del candidato, diputado federal por San Pablo y uno de los que manejó las redes sociales de la campaña. “Me mostraron videos de él llegando a los aeropuertos y miles de personas corriendo en dirección a él”,¹⁶ explicó Bannon.

Como candidato, su estrategia innovadora en las redes lo conectó con los adolescentes de escuela secundaria, quienes manifestaban en varias ocasiones su interés por votar a Bolsonaro porque aparecía como “héroe” y “mito”. Esto motivó a la socióloga Esther Solano a referirse a este como una “extrema derecha pop” que se vale de simbologías creativas y graciosas en las redes en la clave de una “memificación de la política”.¹⁷

Roger Stone, uno de los principales asesores de Trump en su